



www.loqueleo.santillana.com

© 2008, Fernando Lalana

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-151-7

Depósito legal: M-35.178-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El hijo del buzo

Fernando Lalana

Ilustración de cubierta de Tatiana Boyko

loqueleg

Perdidos

7

—Ya está, ¿no? ¡Ya nos hemos perdido otra vez!

—No seas agonías, hijo. Que eres un agonías. No nos hemos perdido.

—¡Pero si se ha hecho de noche y estamos en mitad de la nada!

—No estamos en mitad de la nada. Estamos en mitad de la mar y a un paso del puerto de Villagracia.

—¿A un paso? Entonces, ¿por qué no se ve el faro? ¿Eh? ¿Por qué?

—¡Y yo qué sé! Se habrán olvidado de encenderlo.

—Pero ¿cómo se van a olvidar de encender un faro, papá? ¡Eso no pasa nunca!

Mi padre resopla y vuelve a mirar la brújula. Mueve ligeramente a babor el timón del Borrasca. Y un momento después, alza la cara, olisqueando el aire.

—¿Lo hueles?

—¿El qué?

—¿No lo hueles?

8 —¿El qué, papá? Yo solo huelo a fueloil, como siempre.

—Huele a anchoa. ¿No lo notas? A anchoa en salmuera.

Giro la nariz ligeramente hacia estribor y... sí, me llega de inmediato un olor intenso e inconfundible.

¿Alguna vez habéis limpiado anchoas saladas? Hay que meterlas debajo del grifo y frotarlas con los dedos para quitarles la sal y las cascarrias. Luego, en las manos te queda un olor que no se va ni con sulfumán. Un olor que me pone enfermo.

Bueno, pues de pronto el aire huele a eso: a anchoas en salazón.

—Proa al viento —dice mi padre, cambiando el rumbo de nuestro barco.

Y, de improviso, al virar a estribor, vemos también frente a nosotros el blanquísimo destello de un faro.

—¡Ahí está! ¡Ese es el faro de Villagracia! ¡Te lo dije, Ernesto!

Es como si el farero lo acabase de encender en este instante.

9

—¿Por qué huele así? —pregunto.

—En Villagracia del Mar todos sus habitantes, de un modo u otro, viven de las anchoas —me explica mi padre—. Siendo un pueblo no muy grande, hay nada menos que tres factorías conserveras. Y creo que hace años, había muchas más. Por eso huele a anchoa desde muy lejos. Siempre. De día y de noche.

—¿Y allí es donde vamos a vivir? ¿En Villagracia de la Anchoa?

—Solo serán tres o cuatro meses.

—Pero..., papá, tú sabes cómo me repugna el olor de la salmuera. ¿Cómo voy a vivir

cuatro meses en un lugar en el que huele a anchoas saladas a todas horas? ¡Me... me moriré!

10 —No te morirás. Nadie se muere por eso. Te acostumbrarás pronto. Ya empiezas a ser mayor, Ernesto. Tienes que aprender que, a veces, hay que enfrentarse a las cosas que nos desagravan. Me han llamado del ayuntamiento para hacer un trabajo muy bien pagado. Y, además, hay un buen instituto en el pueblo, de modo que tú podrás seguir estudiando.

—No podré estudiar con este olor. Seguro que los libros y los cuadernos también huelen a anchoa.

—Es posible, pero te acostumbrarás —insiste mi padre—. Ya eres casi un hombre.

La luz del faro, destello a destello, ha ido aumentando de tamaño y de intensidad. Pero también ha aumentado la intensidad del olor a anchoa, que se ha vuelto casi insoportable. Se me está empezando a revolver el estómago.

Al atracar de noche, guiados tan solo por las señales luminosas del espigón del puerto, Ernesto y su padre no pudieron apreciar la peculiar disposición de Villagracia del Mar, un pueblo en el que todas las calles eran cuesta arriba. Un pueblo escondido de la mirada de los marinos tras un acantilado imponente y a cuyo puerto se accedía a través de un paso en la roca tan angosto que a duras penas permitía la navegación de pequeños barcos de pesca.

11

—Estoy mareado —confesó Ernesto, tras asegurar la última amarra—. Es el olor. Este maldito olor a anchoa.

—Vamos a cenar. Seguro que tu mareo también tiene que ver con que tienes el estómago vacío.

En ese momento, le sobrevino a Ernesto una náusea violentísima. Una arcada de antología. Apenas le dio tiempo a doblarse sobre la barandilla del Borrasca para vomitar una bocanada de bilis por la borda, directamente en las aguas del puerto, sucias de combustible y de desperdicios; ahora, sucias también del vómito de Ernesto.

—Cuatro meses así... —murmuró el muchacho, pálido como el papel, limpiándose la comisura de los labios con el dorso de la mano—. Esto va a ser un infierno.

12 Solo eran las diez de la noche, pero no encontraron en todo Villagracia un restaurante abierto donde cenar. Padre e hijo tuvieron que regresar al barco y prepararse una cena fría de la que Ernesto apenas probó bocado.

—Empezamos bien... —murmuró, poco antes de quedarse dormido sobre el camastro de su camarote del Borrasca, que esa noche crujió incesantemente, como el ataúd de un vampiro inquieto, mecido por el viento y la mar.

Día dos

Ha amanecido nublado y ventoso.

Siento la boca amarga, como si hubiese pasado la noche comiendo anchoas. O, mejor

dicho: vomitando anchoas. Y tengo una sed horrible, por supuesto.

—¿Qué hora es? —le pregunto a mi padre, antes de beber mi tercer vaso de agua.

—Las ocho.

—Está muy oscuro, para ser ya las ocho.

—Eso es porque el acantilado que protege el pueblo apenas deja pasar la luz del día. En Villagracia casi no entra el sol. Tan solo a mediodía y durante unos pocos minutos. Este es un pueblo que vive en medio de las sombras.

—¿Ya habías estado antes aquí, papá?

Mi padre niega con la cabeza.

—Me he informado. Y ahora, desayuna rápido y vámonos.

—¿A dónde?

—Al instituto. Tenemos que hablar con el director para que te admitan de inmediato. El nuevo curso empezó hace ya dos semanas.

Instituto Nelson

14 Es el instituto más raro que he visto en mi vida. Bueno, no es que haya visto muchos, porque este va a ser mi primer año en Secundaria, pero, desde luego, el IES Almirante Nelson no se parece gran cosa a los centros escolares que he conocido hasta ahora. Es como un gran barco de cemento y ladrillo, con ventanas redondas como ojos de buey y las puertas metálicas como escotillas de submarino.

Eso sí, en lugar de hallarse al nivel del mar, que sería su sitio natural, el instituto Nelson se encuentra en la parte más alta del pueblo, en la misma cumbre del acantilado.

Mi padre y yo llegamos sin aliento, tras quince minutos de durísima ascensión por calles que hasta tienen barandillas en los laterales para ayuda de los transeúntes.

La ventaja de esa situación es que aquí, en los patios del instituto, sí luce el sol durante todo el día. No hay sombras. A cambio, sopla

un viento feroz que, sin embargo, no logra disipar completamente el olor a anchoa en salmuera que asciende desde las tres factorías conserveras.

—Desde luego... ya tiene mérito... ¡ibuf...! venir a estudiar aquí cada día —comenta mi padre ante la puerta del instituto, mientras se lleva la mano izquierda al costado, dolorido por un flato.

15

El director, don Eudaldo, nos recibe en su despacho, que huele a anchoas rancias. Don Eudaldo usa un peluquín que parece un gato muerto. Un gato negro muerto.

—Pues nada, Ernesto, encantado de que pases unos meses con nosotros y nosotras —exclama, mientras me palmea el hombro—. Ya verás cómo enseguida te harás al ambiente. Primero de la ESO es un buen curso, con buenos chicos y chicas. Este es un pueblo pequeño y, afortunadamente, todos y todas nos llevamos bien. Y, además, la profesión de tu padre los impresionará. Enseguida te harás famoso.

—O famosa —digo.

Don Eudaldo tiene los dientes amarillos, lleva la chaqueta del traje gastada por los codos y usa gafas de televisor, de pasta negra.

—Hay algo que me intriga, don Eudaldo —dice entonces mi padre—. ¿Cómo es que el instituto lleva el nombre del almirante Nelson, que fue un declarado enemigo de España?

16

El director parpadea.

—¿Cómo dice...? ¡Ah! ¡Ah, no, no...! Se confunde usted, señor Vivas. El almirante Nelson que da nombre al instituto no es el marino inglés que nos derrotó en la batalla de Trafalgar. Se eligió este nombre en honor al personaje de la serie de televisión *Viaje al fondo del mar*. ¿La recuerda?

—Pues... no.

—¿No? ¿Cómo es posible? ¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y ocho.

—¡Claro! Es usted demasiado joven. Si tuviese mi edad, la recordaría claramente. Fue

un verdadero éxito en los años sesenta del siglo pasado. Narraba las aventuras de un submarino atómico modernísimo, el Seaview, y sus tripulantes: el capitán Lee Crane, el comandante Chip Morton, el marinero Kowalsky... y, por supuesto, su inventor, el almirante Harriman Nelson. Nuestro instituto se construyó en mil novecientos sesenta y siete. Como el ministro de Educación de la época era un gran seguidor de aquella serie, decidió que le pusieran este nombre. Creo que incluso intentó que el actor Richard Basehart, que interpretaba al personaje, acudiera a la inauguración.

—¿Y acudió?

—No, no vino. Parece ser que Richard Basehart no había oído hablar nunca de España y le dio miedo acudir a un país sin civilizar.

Mi padre y yo nos miramos de reojo. Él, disimuladamente, me da una patadita en el tobillo y yo estoy a punto de echarme a reír en las narices del director.

1.º de la ESO

18

—Muchachos y muchachas, quiero presentaros a vuestro nuevo condiscípulo. Responde al nombre de Ernesto Vivas. Compartirá aula con nosotros y nosotras durante un período temporal aún por determinar. ¡Bienvenido, Ernesto!

Veintitrés pares de ojos se vuelven hacia mí, mientras don Eudaldo sale del aula muy ufano y don Jesús, el tutor y profesor de Lengua, me indica que ocupe la única mesa libre, al lado de un chico de pelo rubio y muy corto. Tan rubio y tan corto que, a primera vista, parece completamente calvo. Incluso las cejas las tiene rubias.

—Hola —susurro, al sentarme.

—Hola. Soy Miguel, el nieto del farero.

—Yo soy Ernesto, el hijo del buzo.

Miguel tiene una mirada inteligente con la que me examina en un momento de arriba abajo. Luego, sonrío.

—Bienvenido al Seaview.

—Gracias.

Creo que me va a caer bien.

—A mí, los que me caen bien son los de la cooperativa —me comenta Miguel más tarde, en el patio, durante el tiempo de recreo, mientras me ofrece un trozo de su bocadillo de anchoas, que rechazo con cortesía.

19

—¿Y esos quiénes son?

—Los de Salmueras de la Mar Salada, Sociedad Cooperativa. Fabrican anchoas limpias en aceite. De esas que van en cajas redondas de plástico, que hay que guardar en la nevera. La empresa estuvo a punto de cerrar hace cinco años, pero los trabajadores decidieron quedarse con ella, convertirla en una cooperativa y, bien que mal, la van sacando adelante.

—No sé qué es eso de «cooperativa».

—Tampoco yo lo tengo muy claro. Por lo visto, los trabajadores son, al mismo tiempo, los dueños de la empresa. Sus propios jefes.

—Qué cosa tan rara, ¿no?

—Pues sí. En nuestro curso hay tres hijos de los trabajadores de la cooperativa. Son Luis, Paco y Marina. ¿Ves aquel grupo? ¿Los que juegan al baloncesto?

—Sí.

20 —Son los de la cooperativa, que siempre van juntos. Luis, Paco y Marina son los más pequeños. Me caen bien —repitió el nieto del farero.

—¿Y los demás?

Miguel me señala con un gesto a un chico de pelo muy negro que toca la armónica sentado en un rincón del patio de recreo.

—Ese es Beto Andreu, el bisnieto de don Sisebuto, el fundador de Salazones Sisebuto Andreu, Sociedad Limitada.

—¿Qué nombre es Beto?

—Beto, en realidad, se llama Sisebuto, como su bisabuelo, su abuelo y su padre. Tradición familiar.

—Pero de Sisebuto, el diminutivo sería Buto, no Beto.

—Hombre, claro; pero Buto suena fatal, por eso lo llaman Beto.

—Entiendo. Beto. Buto, no: Beto.

—Beto es un tipo triste a más no poder. Pero tiene algo a su favor: es el primo de Charo.

—¿Charo?

—Rosario Sánchez Andreu. Mírala. Es esa que se le acerca ahora.

21

Miro en la dirección que Miguel me señala y descubro a Charo. Y Charo me deja con la boca abierta.

Tiene el pelo negro, tan negro como su primo, pero largo hasta la cintura. Viste de negro de los pies a la cabeza. Debe de ser *heavy*, gótica o algo parecido. Tiene la piel muy blanca, casi transparente, como los calamares; y los ojos verdes y fieros, como una tigresa de Bengala.

—Está buena, ¿eh? —comenta Miguel.

—¡Y que lo digas...! Es guapísima.

—Yo intenté ligármela a finales del curso pasado y me mandó a paseo. A lo mejor lo vuelvo

a intentar este año; aunque cada vez lo tengo más difícil, porque el último verano ella creció más que yo.

—No desesperes. Las chicas dejan de crecer cuando les viene la primera regla. En cambio, nosotros seguimos creciendo hasta que hacemos el servicio militar.

22 —¿Ah, sí? ¿Quién te ha dicho eso?

—Lo leí en una revista. En el *Muy interesante*, creo.

—Pero ahora... en España ya no existe la «mili».

—Más a mi favor.

—¿Quieres decir que seguiré creciendo toda mi vida?

—Hombre, tanto como eso, no. Pero ten paciencia y podrás mirar a Charo desde arriba.

—Sí, claro. Eso lo dices porque tú ya eres alto.

—Que no, hombre, que va en serio.

Miguel suspira hondamente antes de continuar.

—Los Andreu están a dos velas. Su fábrica es la más pequeña del pueblo. Elaboran anchoas en salazón, de esas que van prensadas entre capas de sal gorda.

—Ya. De las que hay que limpiar debajo del grifo y te dejan en las manos un olor asqueroso.

—Eso es. Y también sardinas rancias, de las que van en cajas redondas de madera.

—Guardiaciviles.

—¿Eh?

—En mi tierra, a las sardinas rancias las llaman *guardiaciviles*.

—Ah... Curioso. El caso es que ya casi nadie compra anchoas en salazón ni... *guardiaciviles*. Solo los viejos. Así que los Andreu las tienen que vender muy baratas, porque la gente prefiere las anchoas en lata y en frasco de cristal, como las que fabrican en la factoría grande.

La factoría grande se llamaba Anchoas y Boquerones Villagracia, Sociedad Anónima, una empresa enorme, quizá la mayor de Europa. Lo

de sociedad anónima significa que no se sabe quién es el dueño. Unos decían que se trataba de un jeque árabe. Otros, que era un millonario americano. Y algunos aseguraban que el propietario misterioso eran las hermanas Koplowitz que, tras haber levantado un imperio financiero partiendo de la nada, ahora querían crear un imperio de la anchoa, partiendo de Villagracia. Aunque, la verdad, esta última teoría tenía pocos seguidores. Nadie recordaba haber visto jamás a las Koplowitz por Villagracia.

Sea quien fuere su dueño, lo cierto es que Anchoas y Boquerones Villagracia era un verdadero gigante de las conservas de pescado y exportaba sus filetes de anchoa a todos los países de la Unión Europea, además de a China y Andorra.

Más de la mitad de las familias del pueblo vivían directamente de aquella fábrica, entre pescadores, empleados y directivos. En el instituto Nelson, los hijos de los trabajadores de la gran fábrica formaban un grupo aparte. Una especie de clan, encabezado por las gemelas

Gorostiza, las hijas del director de la factoría, don Máximo, que ese año estudiaban segundo curso. Altas, rubias, ricas, guapas y absolutamente idénticas, en el instituto todo el mundo perdía el culo por hacerse amigo de Bárbara y Amanda Gorostiza.

—Todos, menos yo —me dice Miguel—. Yo no las trago. 25

—Ya. A ti la que te gusta es Charo, la prima de Beto Andreu, ¿no es eso?

—Eso es.

—Pues vaya pareja... el nieto de un farero y la nieta de un fabricante de anchoas arruinado. Menudo porvenir os espera, majos...

De pronto, Miguel mira de soslayo por encima de mi hombro y me sonrío, con cierta maldad.

—¡Uh, uh...! Cuidado, cuidado, Ernesto... Me parece que vienen a por ti.

—¿A por mí? ¿Quiénes?

—Las gemelas. Se acercan por estribor, a toda máquina.

Ayuntamiento

26

Tras dejar a su hijo en el instituto, don Óscar Vivas se dirigió al ayuntamiento de Villagracia para hablar con el concejal de Obras Públicas, Pesca y Anchoas, don Anselmo Lucio, que era quien le había contratado, en nombre del consistorio. Tenía curiosidad. No le habían explicado el trabajo que debía realizar. Tan solo, que necesitaban a un buzo con experiencia y él parecía la persona indicada.

Presidía el despacho del edil un ejemplar disecado de anchoa de casi un metro de largo, enmarcado en nogal y colgado sobre la pared situada frente a la puerta.

—En el pasado, la localidad de Villagracia llegó a tener hasta once factorías conserveras dedicadas al tratamiento de la anchoa —le explicó el concejal Lucio—. La anchoa ha sido nuestro medio de vida durante décadas. Todo el acantilado sobre el que se asienta el pueblo está horadado por galerías que se utilizaban

para arrojar al mar los desperdicios del proceso; principalmente, las cabezas y las raspas de las anchoas. En estos momentos, el conducto se halla atascado en algún punto y los directivos de Anchoas y Boquerones Villagrancia nos exigen una solución inmediata. Si no desatasamos pronto el colector, tendrán que detener la producción de su fábrica. Y eso sería pésimo para el pueblo. Gran parte de los ingresos de nuestros ciudadanos proceden de su trabajo en esa factoría.

27

—¿Ya se había atascado el colector anteriormente?

—No. Que yo sepa, es la primera vez.

—¿Y a qué puede ser debido? ¿Están las tres factorías forzando la producción, quizá? —preguntó el señor Vivas—. Es raro que un colector que lleva tantos años dando buen servicio se atasque de repente.

El concejal miró de reojo a uno y otro lado.

—Mire..., yo no sé nada. En Villagrancia nadie quiere hablar de ello porque el pueblo entero

depende de ella, pero... si quiere mi opinión... hay algo extraño en la fábrica grande.

—¿Algo... extraño?

—Así es. Todos estamos convencidos de que oculta algún misterio.

—¿Y eso por qué?

28 El edil volvió a lanzar una mirada inquieta a su alrededor, como si temiese ser escuchado.

—Verá... Incluso durante las épocas de veda, cuando no se puede pescar la anchoa, y las otras conserveras aprovechan para dar vacaciones a sus empleados, Anchoas y Boquerones Villagracia sigue en plena producción. ¿De dónde sacan las anchoas? Nadie lo sabe. Al menos, nadie que yo conozca. Los barcos no salen a pescar, pero ellos siguen produciendo tantas latas y frascos de anchoas como siempre. Y las venden muy baratas, con lo que hacen bajar los precios del mercado y las fábricas pequeñas empiezan a tener dificultades. Tanto la cooperativa como la pequeña conservera de los Andreu andan desde hace tiempo al borde de la ruina.

—Virtudes del capitalismo —dijo el buzo—. Ustedes, que trabajan con la pesca, deberían saber mejor que nadie que el pez grande se come al chico. Tarde o temprano, las dos fábricas pequeñas desaparecerán, ya lo verá usted.

—Supongo que así será, en efecto. Pero, por favor, no le diga a nadie que hemos estado hablando de estos temas.

Don Óscar frunció el ceño.

—¿De qué tiene miedo, concejal Lucio?

El hombre tragó saliva.

—¿Yo? De nada. De nada...

El buzo lo miró con curiosidad. Sabía que le mentía, pero ignoraba el motivo que tenía para hacerlo.

—Descuide, don Anselmo. No voy a comentar esto con nadie. Sé perfectamente que por la boca muere el pez.

—Eso: muere.